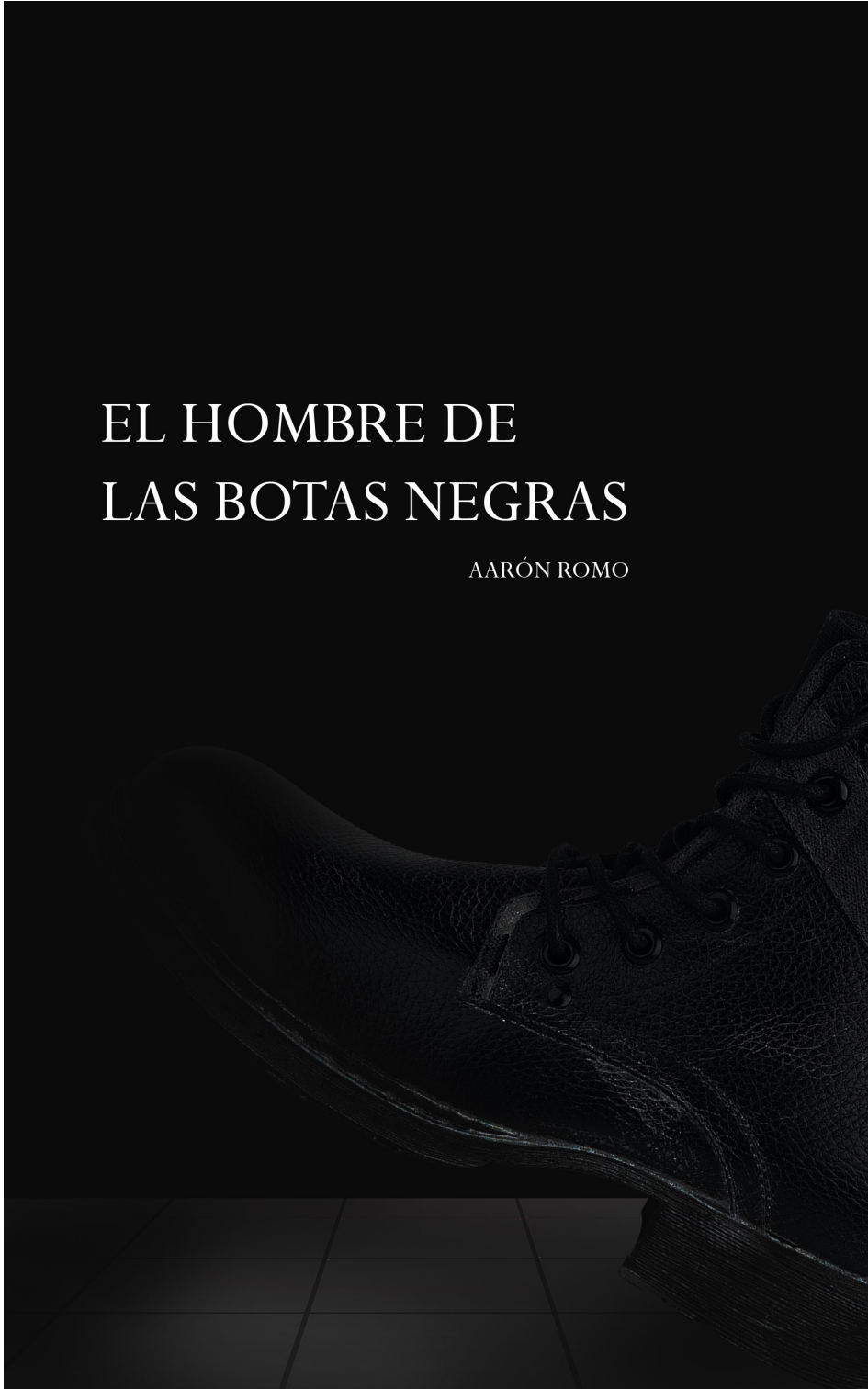


El Hombre de las Botas Negras

Aarón Alejandro Romo Arceo

EL HOMBRE DE LAS BOTAS NEGRAS

AARÓN ROMO



Capítulo 1

Una caricia brillante que se presumía cálida bifurcaba el rostro de Ismael, acobijado en la oscuridad que reclamaba con severa contundencia cada sección del cuarto que lo vio dormir y crecer durante las estaciones de aquel virus incurable que llamaban infancia. Hundida en un vacío, la habitación de un niño que ahora se ha convertido en un hombre está infestada de abandono y se ha corroído de un silencio tan voraz como las mandíbulas de las termitas, el silencio que grita, que suplica, que clama por romperse y abandonar la oscuridad parasitaria a la cual ha sido condenado.

Ismael permitía que el soplido de la luz de pasillo lo sintiera, mientras él repartía el toque de sus pupilas dilatadas a los rincones del cuarto; el piso y sus ojos sostuvieron una mirada vacía mientras Ismael se contemplaba a sí mismo dentro de la boca de un monstruo. Azulejos blancos le transmitían frío a las palmas extendidas de sus manos, manos que buscaban tocar algo que no fueran espacios vacíos y planos. Buscaban muebles, no había. Traería más miseria a su consciencia si se atrevía a encender la luz. La asistencia de ésta sería efímera. No era ningún secreto para él que dicha habitación pudiera albergar algo más que recuerdos con el suficiente filo para fragmentar un aura, encerrados en la soledad que sofocaba las ganas de recordar cualquier cosa.

La noche sobria de estrellas escurría su lóbrega esencia a través de la ventana que fue despojada de las cortinas amarillas que poseía hace años. La luna era un ojo cruel a la vez que ciego que emitía juicios sin preferencias sobre las almas que olfateaba, las almas que navegan acezantes bajo su impío atuendo de tinieblas. Ismael le brindó pleitesía a esa ceguera en el cielo, oculta bajo una opacidad clara y nubes destrozadas por un viento perezoso pero eficaz para esparcirlas por el cielo muerto. Se sintió juzgado, absorbido por la imparcialidad de la noche, metido sin permiso a la casa que escuchó sus primeros llantos a los pocos meses de haber abandonado el útero, con certeza putrefacta, de la perra a la que los azares del destino le asignaron por progenitora. Se sintió juzgado cuando convirtió en basura hecha añicos la cerradura de la puerta principal de la casa de la cual fue despojado su sentimiento de pertenencia. Se sintió juzgado cuando puso un pie en el piso dentro. Se sintió juzgado siendo resguardado bajo un techo que lo protegía de seguir siendo juzgado por una noche que decidió iniciar una cacería. No existía aliento humano más que el suyo expandiéndose dentro de las paredes verdes y blancas de aquella vivienda que se convirtió con los años en una matriz llena de peste a la cual cada nariz de los seres que la habitan se han acostumbrado.

Con la curiosidad del fantasma arrebatado del cuerpo que alguna vez pudo llamar suyo, caminó con pasos de ritmo o compas ausentes alrededor los

pasillos y habitaciones. El cambio, al igual que la vejez en el rostro, fue inevitable, y eso fue lo primero que pudo percibir antes que notar la alfombra que había en la sala, la cual vino a reemplazar a un viejo trapo rojo pestilente. Una televisión sin estómago pegada a la pared pálida. Marcos de madera sostenían los rostros eternamente sonrientes de quienes comparten sangre con las venas de Ismael. Contempló los ojos de su padre en una fotografía que imitaba una bondad que no existía dentro de aquel marco, ni mucho menos en la persona que le da sentido y razón de ser a esa imagen. Dos zorras flotaban en la pared. A una le tuvo que llamar "mamá" y la otra se llama Yolanda; no tenía que decirle "hermana", aunque lo fuera. Al final de la fila, al final de toda esa bonita familia plasmada en un momento artificial de felicidad donde tienen que sonreír para que una cámara les aplauda, reposaba otra sonrisa pintada sin otro motivo que no fuera acompañar a sus seres consanguíneos dentro de los marcos. Años de juventud recuperados al contemplarse a sí mismo en esa pared. Podía verse como el reflejo de un espejo sin edad ni eras, en un espacio donde el tiempo tenía la velocidad de una estatua. Ismael admiró a aquel doppelganger que luciría joven hasta el final de sus días, en una eternidad que obtuvo sin que nadie se la prometiera.

Le restó sequedad a su garganta al pasar el toque helado del agua en una jarra que estaba en el refrigerador. Ni siquiera lo molestaba la sed, y tras sentir náuseas luego de que el golpe frío rompiera su pecho, supo que el acto consistía más en sentir una propiedad ajena entre sus gordos dedos cuya carne desaparecía las uñas deformadas a base de mordidas y ansiedad desbordada. El agua no era propiedad suya, y la satisfacción de la frescura no tenían permiso de ser, y eso era lo que transmitía una sensación de dulzura al cerebro, muy parecida a lo que podrían sentir los individuos vivos de las fotos cuando regresaran, los cuales, luego de torcer las facciones de sus caras en estupefacción corrosiva ante la incertidumbre de la presencia de un extraño en casa por ver la cerradura destrozada y la pala en el piso, también encontrarían una razón para sentir el traqueteo del corazón que sabe que algo le caerá encima pronto al ver sus fotografías adheridas a la pared, acomodadas en un ángulo poco atractivo y asimétrico con los cristales a los cuales les amputaron la gracia a base de un puñetazo. Ismael piso algunos trozos de vidrio, y algo parecido a cuando escucha música apretó sus nervios; un cosquilleo punzó los poros de su espalda y su nuca.

Si bien no pensó en el placer de lo nefasto al beber el agua, tuvo tiempo para pensar en el destrozo de los cuadros con las fotos; un simple impulso hedonista que se traducía en un placer efímero, el placer de comer un chocolate o el de la masturbación. Pensó que duraría, y quizá lo hubiera hecho de no ser porque siente que dentro de una realidad lejana y oculta por todos, esa casa todavía tiene amarrado un cordel fino y no tangible por nada que no sea el sentimiento de nostalgia, incluso tal vez por el

deseo del odio.

Sea como sea, las dudas respecto a los cambios en esa vivienda no fueron parte de su perspectiva desde que se volvió invasor. Lo único lejos ser entregado al olvido de los eones es el olor. Un tosco roce, producto del tacto del incienso que se quema, el incienso que moría ante el hambre de las llamas que reclamaban su existencia y que por años su madre decidió encender para poder parecer que poseía las costumbres de una persona a la que "la clase" le fue heredada desde la cuna, y evidentemente, tal clase se mofaba de la madre y de su hermana al verlas con vestidos cuyos precios incluso en dólares suenan altos, así como poseer un refrigerador lleno de comida orgánica que a ambas les daba asco.

Quemó sus conductos al inhalar con la pasión del cocainómano el fuego adulterado en su plan de disipación. El silencio seguía escuchándose por todas partes y se dispersaba a la par del incienso moribundo.

Ahora podía fingir un ataque de nostalgia. Le agradó. Se soñó con el sentimiento de bienvenida inmarcesible, pero tonto de su parte creerlo como una realidad probable antes que como una mera fantasía viciada por la vehemencia del anhelo.

Subió las escaleras. Fue entonces que la vio. La puerta al final del pasillo, la puerta que lo llevaría al inicio de las décadas. La puerta que lo devoró para sentarse en el suelo y rendirle interés a la pupila nula que se adjudicaba la propiedad del cielo.

Recordaba que había una cama. El colchón era suave, lo suficientemente grande para una copulación de cuatro personas encima de él. Su padre le negó la tenencia de un colchón infantil, y prefirió que su hijo se acobijara todas las noches en las mantas de seda que descansan en un colchón de adulto. Consentir a tu único hijo varón es un lujo, sino no es que casi un privilegio, y dada una naturaleza paternal ubicada en ese señor, ¿quién podría entender la cobija de desprecio que tapaba su cara? Ese "quién" o "quiénes" tendrían que saber reconocer el soborno como una nueva clase de abuso infantil, el trueque de que te calles la boca a cambio de un materialismo al que quieren volverte adicto para que puedas creer que debes estar contento con ello, suficientemente contento para que tu perspectiva pueda podrirse en una medida considerable y entiendas que un buen padre es quien ve porque tu armario tenga ropa decente y comida en el refrigerador antes que alguien que ve por tu bienestar más allá del horizonte de los billetes.

La cama se había ido. La ropa también. Estaba seguro de que tiraron sus juguetes en vez de donarlos, más con apatía que con malicia. La recámara no dejaba de engendrar abandono. Ismael estaba en el vientre muerto de una puta, oscuro y con ominosos signos de agonía. El incienso ni siquiera intentaba entrar, ¿temor a la contaminación? ¿de qué? Parecía una falla

en el universo, un manto tejido con algodón, pero con un debilitamiento en una esquina sigilosa. La misma mente de Ismael desconocía la relación de su presencia con la del resto del mundo allá afuera, lejanos a este universo minúsculo y a veces trémulo. El incienso lo sabía.

Lo surcó un recuerdo, aquel que imita la persistencia del herpes en el cuerpo. Los sueños del niño que dormía bajo ese techo no siempre eran agradables, las pesadillas brotan con la facilidad con la cual un diente de leche es despojado de la encía. Monstruos con dientes y tentáculos de existencia improbable lo acompañaban en las noches, y lograron envenenar varios sueños para perseguirlo con mayor facilidad de terreno. Llegó un punto en el que los monstruos se fueron. Pero llegaron nuevos. Una noche, llegó uno sin tentáculos ni colmillos, pero llevaba botas, unas botas negras que aplastaban los azulejos. El monstruo tenía los pies de un ser humano y la figura del mismo. Simplemente, al abrir los ojos, Ismael pudo verse bajo su cama y mirando caminar al visitante embotado en su cuarto, vagando con los pasos de un prolijo forense, dándole tiempo a cada pie para que se trasladaran de un punto a otro. Las botas lo veían, podía sentirlo, y tarde o temprano le indicarían a su amo que mirara bajo el colchón al niño que quería llorar. Cerró los ojos para esperar al visitante y sentir sus pupilas dentro de las suyas. Pero el día llegó. La realidad estaba presente de nuevo. No les dijo a sus padres ni a su hermana; ella le hubiera recordado que pensaba que era patético. Prefirió el privilegio del silencio. El cobijo de la ansiedad nocturna, esperando no tener que escuchar las botas del visitante nuevamente sobre el piso, y para la buena fortuna en su camino, el visitante solamente vino una vez. No le dio tanta importancia realmente una vez que los años siguieron su cuenta, y no fue sino hasta esta noche que tenía el recuerdo de lo que sintió esa ocasión. Su subconsciente le susurraba que aquel hombre de las botas quería lastimar a alguien. Pudiera ser a él, pudiera ser a su familia. No le hubiera importado ser él la víctima en su agenda de haber sabido lo que le conllevaría ser adulto.

Comenzó a pensar en el visitante de las botas en una actitud casi insondable. De haber tenido lugar en el mismo plano, ¿qué hubiera pasado? ¿Le hubiera podido preguntar? ¿Se lo hubiera podido pedir? Si no lo quería a él, que fuera por su madre, eso evitaría que siguiera humillándose a sí misma fingiendo que es una mujer de dinero que no debe trabajar dado que su esposo cuenta con varios ceros en el banco, y lo único acorde a sus delirios deliberados era que no tenía trabajo, ni siquiera se molestó por falsificar algún título universitario que pudiera hacerle creer al primer incauto que lo viera que dejó en términos mediocres una carrera en Administración de Empresas. Bueno fue quedar embarazada de un cajero de uno de los mejores bancos del país. El visitante hubiera podido visitar a su hermana, quien prefirió los privilegios del embarazo adolescente para ser la nena consentida de su padre, la cartera viviente. ¿Qué dignidad podría portar un varón bajo ese perfil? ¿Qué hombre de familia podría soportar verse al espejo sabiendo que

tiene la cara de una figura histórica monocromática? No sería el hombre que mira con ojos inyectados en lascivia la frontera del vestido de su hija, la frontera que marca el terreno de lo ético y sus glúteos. El hombre que besa el cuello de la chica que nació de su esperma con la dulzura que una amante experimentaría, ese hombre negaría vacilar respecto a lo que pudiera importarle a su esposa o a su hija si era un billete andante. El hombre que desesperadamente pagó un aborto en una clínica privada para borrar las primeras once semanas de carne de la criatura en el útero estrenado de ella. Obviamente el bebé importaba poco, así como los estudios de su hermana. Le decía "mi Yoli", reduciendo pobremente el nombre de Yolanda. Le permitieron el papel perpetuo de hija de casa. Ismael tuvo que ser el hombre que crece y se independiza. Su padre se lo inculcó, y luego de un día haber visto a Yolanda acariciando la muñeca de él perdiéndose dentro de sus pantalones, era posible que le urgiera tener más espacio en la casa aprovechando las idas interminables de su madre al centro comercial o al spa.

Calidad de asco vería el visitante de contemplar tal linaje. Podría verlos mereciéndose morir, o al menos sufrimiento siendo ejercido sobre sus cuerpos; almas no, era obvio que no había en esa casa. Un ataque de misericordia epiléptica podría venirle encima y pensaría en quitarle la vida al pequeño Ismael para no verse convertido en lo que es hoy. Un hombre de esencia lastimera que no tuvo mayores pasatiempos que no fueran comerse las uñas y arrinconarse en los baños de la escuela por temor a que los demás lo vieran como el chiste del año, aunque bufón del mes ya era luego de haber sido humillado por una chica con hambre de autoestima ajena a la cual invitó a salir, y gracias daba de que los puñetazos de los más grandes no fueran sinónimos de ninguna etiqueta. Ropa de buena marca, libros nuevos, zapatos brillantes, un televisor, esos no eran aditamentos que fueran a prepararlo para enfrentar la fuerza con la cual el mundo real te mastica y te escupe, pero mientras fornicaba con Yolanda, su padre debió pensar que podría armar el rompecabezas por sí solo.

Se recostó en el piso y lo invadió la dureza. El cobijo de la luna ciega esfumó cualquier intención de seguirlo juzgando. El fragmento miserable de luz le permitía ver las uñas que asemejaban podredumbre que lo vieron llegar a la universidad, donde las mujeres pudieron verlo como un grano en la cara, el grano que nadie quiere tener encima; y qué más intentarían ver sino a un tipo con sobrepeso que predicaba la tartamudez como una especie de segundo idioma. Un tipo absorbido por la deserción escolar temprana dentro de la universidad, y que socorrido por el salario mínimo brindando su tiempo a una gasolinera, sentía la ansiedad constante hasta el fondo de su cráneo.

Papá no estaba. Mamá nunca estuvo. Yolanda regresó al útero, donde su madre la acogía por compartir los mismos genes que cualquier espejo notaba, genes que escaseaban en el ADN de Ismael, quien poseía el

mismo rostro que su padre.

Se recostó todavía más en el piso, en la pose de quien creará un ángel en la nieve. El toque recto de la luz dividía su abdomen con una línea amarilla. Miraba el techo partido con la misma bifurcación dorada que quebraba la oscuridad, la línea de un párpado que se abrirá pronto, como si de un amanecer apagado y muerto pudiera tratarse. Un párpado oscuro, un párpado que lo juzgaría al igual que la luna entre su ciega manía de contemplar todo un panorama que se desliza hacia la nada.

Recordó las pesadillas que tuvo tiempo después, cuando vio la vida de un adulto en sus días sucediendo. Una lengua de concreto plana y negra se extendía hasta un horizonte que no veía y que de seguro estaba perdido entre sombras inertes, las sombras que atravesaban quietas las fronteras de los sueños y una consciencia perturbada... y caminaba, Ismael simplemente caminaba. Los pasos eran aprisionados por una gravedad pesada y cada músculo de su cuerpo se movía como quien muere bajo el agua. Y seguía caminando, carente de rumbo, carente de propósito. Otras veces, se hallaba en medio del apetito de una lluvia que abrazaba con frialdad y torturaba más que el cuerpo; levantaba la cabeza para mirar las gotas pesadas de un cielo que cada vez sentía más cerca de su rostro. Estaba rodeado no únicamente de lluvia, también había casas, montones de casas, todas las de su vecindario. La atmósfera nebulosa estaba atrapada dentro de todas las viviendas, convirtiendo sus interiores en vacíos certeros, donde la extinción de cualquier ser estaba asegurada.

Otras veces, veía su casa, en medio del agua cayendo. Las ventanas se diluían en gotas descendiendo para opacar una vista donde el amor estaba prometido, pero nunca dado. Veía a su madre hablando por teléfono y a su padre y su hermana haciendo el amor en la cocina. También creyó ver al visitante. Ahí, rodeado de la ilusión del silencio dentro de aquella casa, Ismael lo miraba sin saber qué era lo apropiado sentir. El miedo claro que podía tener cabida, tal vez incluso la ansiedad y el placer de imaginar lo que ese extraño podía hacer para transformar la farsa de la familia en una realidad que se tornaría cruel y en una justicia casi poética. Todo mientras Ismael se acobijaba con el descenso agresivo del agua fría.

Nunca supo si sonrió cuando aquel sueño lo visitaba.

Tampoco supo si empezar a salir en las noches con la luna tan ciega como siempre resultaba normal si te metías en los jardines ajenos para espiar por las ventanas a los niños sentados en la mesa, viendo la cena que mamá les había preparado. Se volvió un mal hábito, uno que incluso lo convirtió el zombi de la mala película de la medianoche, con su rostro distorsionado detrás de la ventana que lo separaba de las ganas de compartir su dolor con otros, el dolor que lo impulsó a meterse en otras casas cuando estaban encargadas a la soledad del final del día, donde las familias esperarían para cenar o ver televisión. Era costumbre suya

quedarse siendo asimilado por la oscuridad de las casas que respiraban en calor del ser humano, el calor que despide la felicidad asentada. Se sentía en el aire y casi vomitaba.

Ni arrepentimiento, ni medida. Todas las noches estaban dedicadas a vagar y sentirse un fantasma que contemplaba otras tumbas mejores que la suya. Recordaba el saludo de las farolas parpadeando al azar al sentir su presencia en la cercanía de su luz anaranjada. Más ojos que se metían a un estrado a volverlo parte de una sentencia que no tendría fin. La sentencia del odio. Odiaría por siempre y lo disfrutaría. Se odiaría a sí mismo y también lo disfrutaría. Envidiaría a cada persona que se atreviera a tener una infancia mejor y más feliz que la suya y también lo disfrutaría. Después de todo, eso era lo único que tenía. Odio acumulado. Un cuarto vacío que respira polvo. Una memoria que ni siquiera existió sino en su cabeza con ideas infantiles revoloteando. Un visitante que jamás llegó.

No se dio cuenta de que cerró los ojos hasta que escuchó un sonido abajo. Le brindó filo a su oído para tratar de entender que se colaba entre los silencios de una casa vacía que no fueran los murmullos del incienso calcinado y su propia respiración.

Voces. Susurros ligeros que se perdían en el aire. Respiró hondo.

La familia había llegado.

Se levantó rápidamente y se pegó a la pared junto a la puerta, dejando que su figura fuera completamente cubierta. La línea de la puerta entreabierta dejó escuchar una creciente preocupación, y cómo no si ya es claro que un intruso ha decidido robarle la calma a tu hogar. Primero escuchó a su madre casi llorando. Quería imaginársela con una mascarilla creada por las palmas trémulas de sus manos, conteniendo el llanto como si eso pudiera convertir la situación en una simple pesadilla que terminará al tener los párpados abiertos. Su hermana también estaba al borde del llanto. Golpes certeros y rápidos ascendían con el ímpetu del hombre de la casa que debe proteger a las hembras bajo su ala. La imagen de su padre se materializó en el pasillo. Ahora, la puerta entreabierta se había convertido en el párpado casi cerrado de Ismael, y contemplaba a su padre en el pasillo sosteniendo un cuchillo largo. ¿Qué haría papá con eso? ¿enterrarlo en las entrañas del intruso? ¿Atravesar su cuello o su cabeza con ese filo tan agudo? Como si de cruzar la calle se tratara, mira a ambos lados del pasillo. Quieto. La punta de acero nace entre el índice y el pulgar cerrados, mientras todos los dedos presionan un mango café húmedo. El incienso y la luz artificial acompañaban a su padre como colegas que te cubren la espalda. Desde el primer escalón con el cual la escalera inicia su camino, no se nota que la puerta está entreabierta, y su padre no se percata de que su hijo ha venido de visita.

Pronto se percatarán todos de que sus propiedades siguen intactas a excepción de los marcos hechos añicos y de que alguien se bebió toda su agua fría.

No podrían sentirse dueños de sus sueños ahora que sabían que la cerradura quedó inservible, y debía ser frustrante que la pala de papá fuera la herramienta que los ha dejado cortos en seguridad.

Se sintió parte de un respiro que inhala y exhala una garganta fresca, lista para escupir.

Ahora revisarían los cuartos. Pudieran empezar con el cual estaba eternamente a oscuras.

Sólo le quedó sumergirse en el rincón y esperar a que la luz lo iluminara. La luna seguía hasta arriba en el cielo. Ismael la miró profundamente y ella le devolvió la misma mirada.

Escuchó murmullos. Decidió volver a asomarse. Veía la sombra de su padre desaparecer escaleras abajo.

El pasillo volvía a pertenecerle a sus ojos. El incienso era fuerte.

Seguían comunicándose con susurros acentuados en terror, y el único consuelo que Ismael sentiría podría ser el de haberle quitado el sueño a su familia aquella noche.

O quizá... Quizá podría tener un premio mejor.

Era una sombra pegada a la pared dentro de la casa, y sabía perfectamente dónde esconderse para no ser visto. Incluso con su sobrepeso, cabía en el armario.

Ellos estarían ocupados, llamarían a la policía, buscarían en toda la casa.

No encontrarían nada.

Tardíamente, mucho antes que temprano, el sueño los apañaría, en medio de la madrugada que olía a humedad y a sereno.

Dormirían, pero Ismael mantendría los ojos abiertos por ellos. Los vería dormir. Sostendría algo en las manos. El cuchillo en el cual papá depositó tanta confianza para defender el hogar del malvado intruso vestido con su traje de rayas y su antifaz. Eso vería, eso sentiría. La ilusión de la calma a la que estaban tan acostumbrados. Sus dientes se vieron reflejados en una sonrisa que nació sin previo aviso.

Dormirían.

O quizá estuvieran despiertos.

Y él los vería.

No lo recordaba, pero llevaba puestas botas negras.

FIN